

Por las rutas de los mares centra su historia en la condición humana y en las relaciones y sentimientos que surgen en el campo de las vivencias. Las diferentes etapas que se consumen en sus páginas son el reflejo del doble juego con el que se desenvuelve el personaje principal, con sus ilusiones y sus fracasos, sus aspiraciones y sus frustraciones. Basada en un hecho real, la historia sorprende e impacta. Su estructura se adentra por una formalidad especial, ajena a convencionalismos, pero sin privarse del estilo simple que hace claramente abordable su lectura, y en cuya novela se significan los anhelos y las alegrías que persigue el personaje eje de la misma, así como los túneles donde también se introduce. A través de su lectura se siente de lleno la realidad inmediata, a pesar de la degradante situación que la ocupa. Aun siendo lejana la experiencia que vive el lector, produce resquebrajamiento por la amargura que destila el

sumergirnos en un recorrido donde se ahonda en los entresijos que mueven unos sentimientos y unos deseos parejos a otros muchos. Preocupado siempre por hacer testimonio de su tiempo, el autor desvela en la presente novela los estados anímicos que subyacen dentro de los seres humanos, en cualesquiera de sus pasiones, en un mundo desolado de gestos ocultos y de apariencias. Cargada de un estilo fluido, de una construcción novedosa y de una capacidad de inventiva infrecuente, como ya se dijera de su primera novela, "El toque de rebato", apoyada ahora por la extraña y absorbente impresión que dejará como huella esta segunda, la de Carlos Guillermo Navarro es una voz narrativa de aquilatada presencia en el panorama actual de la novela contemporánea, y con la que su autor nos va dejando uno de los retratos y dibujos más lúcidos y conmovedores de la sociedad actual y de los comportamientos humanos.

Carlos Guillermo Navarro

Por las rutas de los mares

AYPED

Por las rutas de los mares

Carlos Guillermo Navarro



Todos los derechos reservados en todos los países.
Ninguna parte de esta publicación puede ser
reproducida o usada total o parcialmente sin el previo
permiso escrito de los editores.

© CARLOS GUILLERMO NAVARRO
© ARTEY PROYECTOS EDITORIALES, S.L., 2002

Diseño: Roberto Turégano

ISBN: 84-86636-20-1

Depósito legal: M-1142-2002

Impreso por Artes Gráficas Luis Pérez, S.A.
c/ Algorta, 33. 28019 Madrid
Impreso en España-Printed in Spain

Ilustración de portada: José Luis Acaya

POR LAS RUTAS DE LOS MARES

Carlos Guillermo Navarro

AYPED

SE LLAMABA Juan Manuel del Campo Utrillos y de Romanones Bancales y consideraba que tenía un nombre muy largo para una vida tan corta. Por ello, en contra del parecer de su gente, aceptaba la abreviatura con que de niño sus amigos solían nombrarle, estimándola acertada y que no empañaba sus ilustres apellidos.

Pero no a todo el mundo sentaba bien el Juanma con el que le designaban. La abuela cogía un cabreo de órdago cuando el listillo de turno que asomaba las narices por la puerta no mencionaba el nombre completo de su abuelo Juan Manuel ni los apellidos de su bisabuelo, Utrillos Bancales, aventurero irrepitible, metido tiempo atrás en el tráfico de mercancías y alabado hoy por sus realizaciones. A gala tenía la abuela que un ascendiente de ese Utrillos con poquísimos cuartos se enrolase como marino en Cádiz, avistara la Patagonia, surcara los mares, conquistase a fuerza de machete y arcabuz varias regiones de América Central, se internara en los trópicos, saliese por los hielos polares y regresara retirado de su errante periplo para

asentarse y disfrutar del acarreo de ganancias cuantiosas que había amasado con el látigo y con los sufrimientos humanos. Por razonable lo tenía la abuela porque se embarcó para hacer fortuna en ese campo de operaciones y volver riquito podrido, ejemplo que imitaron después otros parientes suyos. La abuela, para elogiar la hazaña del Utrillos emprendedor, elevaba su dedo por encima de su cabeza y se descubría ante la lumbrera que había coronado la cofa del triunfador. ¡Enhorabuena!

Su descendiente Juanma tenía que seguir su singladura, y aunque la familia estaba forrada de dinero, era de estirpe incrementar el tesoro; y así, donde había dos tenía que haber cuatro, y donde ocho debía haber dieciséis, a ritmo de no anclar la nave.

Su abuela, enfervorizada con su bisabuelo, que había sido ciudadano del mundo, sin venir a qué, le echaba mal de ojo a cuantos osaban mentar a Juanma con su empedeñecida designación. Había que adornarle el nombre con Utrillos; y Bancales se lo ponía ella evitando supresiones menguantes, como quien realza un nombre propio poniéndole comillas. Sus apellidos de eximios gentiles hombres, que muchas y más veces su abuela le recordaba, eran una apuesta que tenía que conseguir.

No se va aquí a desgarnar su meritorio registro bautismal porque se necesitaría una memoria amplísima o acudir a los legajos que en una habitación de trastos viejos se guardaban en el interior de una caja destartada de cartón, y en cuyos pergaminos se entroncaban sus apellidos

con los antecesores a su abuela, sin que cupiera limitar las epopeyas en la sucesión que le había precedido.

Era indudable que el Utrillos retoño, al trotar con aquel plantel de parajes insólitos, selvas vírgenes, ríos amazónicos, tifones, huracanes, gloriosas batallas y condecoraciones monárquicas, adquiriese la vanidad de su inmenso pasado resistiéndose a ser comprimido entre las cuatro paredes de la escuela donde sus padres lo habían matriculado.

Del acopio de su extensa generación, se redujo al primero en todos los órdenes, siendo el primero en esconderse detrás de la espalda del compañero colocado delante para quedar desapercibido; el primero de entre los torpes en los juegos al que se le aceptaba con resignación cuando distribuían a los incapaces; y el primero en llegar tarde.

Hecha esta salvedad, no había por qué no creer que emularía a los bravos conquistadores o a los marinos relevantes, en cuyo seno se refugiaban borrachines, juerguistas, elocuentes instigadores, grandes falderos por quienes las mujeres chocheaban, y otras cosas que no se enumeran para no cansar al lector.

Para componer la reseña del preámbulo de esta historia, era un pasivo aprendizaje de los más destacados Utrillos Bancales, cuya sonriente jovialidad se confundía con la resaca marinera que pedía expansión.

Sus progenitores animaban al hijo en sintonía con la abuela; si bien, sus dadores estaban más anclados en la modernidad. No por uso y costumbre para alcanzar metas

triumfales los Utrillos Bancales tenían forzosamente que navegar por el cabo de Buena Esperanza o el de Hornos. ¿Quién no les aseguraba que una colocación no le catapultaría a la tradición familiar y no llegase a ser el mayor genio de finanzas que alcanzase la cima empresarial? También a la cúspide se llega por los bajíos de un intrascendente oficinista. Basta con saber desplegar la inteligencia para convertirse en un reputado ejecutivo.

Cuando en la escuela suministraban a los padres las evaluaciones parciales de su aplicación, que no lograban ser lo brillante que esperaban, se afanaban, hasta donde sus miras les permitían, por sacar a la luz o entrever por qué no se forjaba la notoriedad en su hijo. Y ocurrió cuando todavía era un pollito que se justificó su flojera en los estudios a los comecocos del maestro, a las incomprendiones de su valía, a las deslealtades de los amigos, a los ladridos del perro del vecino o a la araña que cuando pipiolo le asustó. Porque como replicaba su abuela cuando se tomaban la molestia de censurarle, los Utrillos Bancales, aunque pesara a muchos, nunca echarían un baldón en la familia. Era como pretender que las conjeturas ideadas para su héroe y que enorgullecían a la madre, a la abuela y a las tías, no estuviesen a la altura de las circunstancias.

Visto desde esta perspectiva, Juanma atesoraba desde su niñez fantasías inspiradas en las lecturas de los libros y en los cautivadores relatos de su abuela, confabulándose unos y otros para impulsar una corriente poco realista.

Entre los niños de su edad estaba Manolito Vicuña, que polarizaba en su universo ser uno de sus entrañables compañeros. Decía Juanma que con Manolito Vicuña conectaba de maravillas. Lo que era fácil de prever si se atiende a que lo expuesto sobre Juanma como resalte de primera fila servía también de correspondencia para su amigo.

Pero si Juanma pasaba un poco de todo por el recato de tímido que le achacaban, Manolito, por el contrario, andaba a la gresca e impartía mamporros a las primeras de cambio. No se retraía éste frente al agravio inferido por una morisqueta de boca o por un abultado pecho. "¡Qué, eh, qué pasa!", se enchulaba con quien le chuleaba. Y elevaba rauda el tonillo en el que se percibía una bravuconería ensamblada a su fuerte condición física.

Además de ser con el que mejor congeniaba, los dos recibieron la iniciación a la pubertad en las calderas de Pero Botero, con idéntica experiencia y con la misma puta.

Todavía eran párvulos, mocosos de renaciente sexualidad que no sabían como meter la pilila, infantiles sin equipación para tripular un cuerpo desnudo de mujer, sin pasta para acceder a un camarote cuya hembra les excitara al solo verla y temerosos de que se enterasen sus padres y les diesen una azotaina. Ello no fue óbice para que el interés se impusiera a los inconvenientes, y reuniendo el montante de calderillas jamás soñado les llevó a que los dos accediesen a la ramera más asequible del mercado, a la número uno en volumen duplicado y en carnes abaratadas.

A Juanma le desagradó el almacén situado delante, pero Manolito Vicuña se hizo el viva la virgen en los avatares. Y como le contó cuando salió extenuado del prostíbulo, él tenía las tripas retorcidas y sabía cerrar los ojos, la nariz y los oídos para quedarse con las manos quietas y dejarse tocar. "Bueno", dijo, "lo importante es que a mí me ha salido un líquido por la punta, y vaya si el cuerpo lo agradece".

A diferencia de Manolito Vicuña, Juanma se había engolosinado con la otra tipa, la de veinte años, la que estaba para comérsela, la que rompía braguetas. Pero esa era para los tíos de tren de vida a lo grande. "Y ni mi padre", aclaró Manolito, "tiene dinero para ese culo de lujo".

Los Utrillos Bancales que habían sido muy putañeros, aunque a escondidas, no habían dejado en este inexperto descendiente el malgastado follar sin venir a cuento. De aquí que Juanma se mantuviera en su decisión de no poner en actividad su trompa intercambiando junteras, por lo que prefirió perder la cantidad entregada como justiprecio y no hacer que aquella mujer, muy fecunda en años, le asistiera con el trabajo que había derretido a su amigo.

Juanma acabó recorriendo todos los días la calle que se hallaba fuera de su travesía rectilínea de vuelta a casa, aproximadamente un kilómetro más. Mónica, la caldereta, la del culo de lujo, se lo imponía, por si llegaba a verla en su estacionamiento ordinario o conseguía ojearla por el vestíbulo del burdel.

De tan buena presencia como ella estaba Dorotea, la vecina de enfrente de su casa, pero no era igual doce que veinte años; menos aún era desconocer las mañas de utilización del miembro que ser experta en menesteres de hombre; y todavía menos era esperar a que pasara el tiempo que ahorrar el peculio indispensable para obtener una mujer a bote pronto. Si difícil era recaudar la cantidad, casi inadmisibles, por no decir imposibles, resultaba que un niño previese ese lejano futuro de camas, en cuya edad todo se desarrolla y tiene su vigencia a escasos días.

A estas alturas la que le sacaba de quicio, sexualmente hablando, era la puta. Con Dorotea ni siquiera se agitaba. En las noches de verano cuando las ventanas permanecían de par en par y se apostaba Juanma detrás del cierre de su cuarto, frente por frente al dormitorio de Dorotea y de su hermana, la que le hacía tilín al desnudarse era ésta, muy entrada en años para tratarla en amores, aunque de cuerpo adorable. Dorotea ni a vista de nacimiento le empalmaba. Era una cría en formación.

Mónica, la caldereta, fue la concupiscencia que le entró por los sentidos con un enamoramiento incalculable, de esquinas apuntaladas con su espalda para verla y de paseos con extensos itinerarios para tropezársela, sin atender al riesgo que suponía para un chaval una mujer que sabía más que Lepe y que se dedicaba a solventar las demandas de las apetencias.

Le sublevaba que un cliente pagase por ella, no que andase detrás de ella, puesto que nadie tendría cabida en el

corazón de Mónica porque nadie podría amarla como él.

No entendió la contrariedad que sus padres manifestaron por sus tardanzas del colegio, preocupación por desconocer los porqués de sus trayectos elípticos, propios de un caminante despistado o de un tocado de la chaveta, pero no de un hijo programado para el estrellato.

No más dijo que era para despejarse, lo creyeron. Dentro de los Utrillos Bancales nunca hubo un locuelo, solo héroes que iban tras la búsqueda de El Dorado.

No a mucho de empezar uno de los cursos, en un resbalón bobo de los de meter el pie donde no se debe, se dislocó la pierna con rotura de ligamentos y fisura de tibia. Se agarró a Manolito Vicuña que marchaba a su lado y dijo: "joder, me he partido algo!". Y a causa de la exclamación algo raro supuso Manolito que pasaba. No por el chillido ni el lamento ni por la cara de terror que se le había quedado. No, no pensó en ello cuando se escurrió. Valoró únicamente la palabrota pronunciada en boca de quien por su flema, su ancestro y su educación nunca había deslenguado como un golfo. Quizá lo había aprendido de él mismo, acostumbrado a soltar tacos y para el que no eran más que apostillas en las frases. Pero en Juan Manuel del Campo Utrillos y de Romanones Bancales se trataba de una indecencia impropia de su linaje y de la gran labor a la que se le destinaba por sus apellidos.

Durante los tres meses siguientes de escayolado y reposo se dedicó a leer lo indecible en consenso con su abuela, sus tías y sus padres. Las aventuras más insólitas acababan

en su poder, desde Julio Verne a Alejandro Dumas, de Rafael Sabatini a Emilio Salgari, pasando por las que más le impactaron y que fueron "Rebelión a bordo", "Hombres contra el mar" y, sobre todo, "La isla de Pitcairn", porque si la primera le inspiraba el rumbo de su tatarabuelo, y "Hombres contra el mar", aun siendo una lucha titánica contra los elementos, carecía de grandes perspectivas, era "La isla de Pitcairn" su paraíso perdido, el lugar donde alejado de lo mundano y en una tierra ignota podría disfrutar del edén que le vaticinaban sus familiares. Aquella novela fue la concreción de su ficción, el éxtasis al que aspiraba como una actuación abordable. Y si alguien le recordaba la tragedia con que concluía la narración, propio final de una ejemplar moral más que a la lógica terminación del relato, se lo atribuía a influencias externas. En un lugar semejante cabía gozar de los placeres naturales.

Más de un día su madre lo halló abismado, introvertido, saturada su mente de viajes que no cristalizaban. Y ante el anuncio de aquella rotura de pierna, el estreñimiento de un desarreglo digestivo o la inanición en el comer a la que se sometía Juanma con un atezado silencio, no lograban sacarlo de su mudez el que le asegurasen que la tibia se curaba con su proceso normal, la lavativa con que la madre le irrigaba, ni la cucharada de una medicina con sabor amargo que le hacía ingerir tapándole los conductos respiratorios.

Cuando llegaba Manolito Vicuña se destensaba e iniciaba a hablar y a expulsar por todos los cauces. Primero

en el retrete, como si hubiese aguantado la necesidad y la evacuación hiciese estragos con la comparecencia; y segundo, hartándose de tragar a mandíbula batiente. Después le traducía sus pensamientos y recobraba sus soñadas lecturas con los Mosqueteros, Sandokan o Miguel Strogoff, hasta confesarle que cuando cumplierse algunos años más, cuando fuera más o menos como Mónica, la caldereta, le plantearía embarcarse juntos para vivir alguna aventura por las rutas de los mares.

Manolito Vicuña se cachondeaba sin ofenderle, comprometiéndose a seguirle y a levantar una comuna con las macizas nativas de alguna isla.

Tuvo Juanma que poner mucho de su parte y una rehabilitación concienzuda de meses para andar como andaba y saltar como saltaba, pero al final, con tesón, enderezó su pierna.

Cuando el médico le permitió caminar, se fue directamente en busca de Mónica, la caldereta, para darse el gustazo, pero no consiguió verla. Se apostó varios días durante dos horas para abordarla, pero los hados no le fueron propicios por no hacer acto de presencia, ni entrar ni salir del burdel durante la vigilancia.

Desquiciado, se alteraba sugiriendo a Manolito que fuera a la casa de citas a trajinarse a la barata para sonsacar información de la otra. "Yo te pago el polvo", le prometió para compensarle. Manolito Vicuña no accedió porque ya estaba enterado de que podía coger la sífilis y porque desde hacía poco tenía lo que cada gachó quiere, una

medio novia semiformal puesto que no procedía echarse al hombro una entera a los catorce años.

Cuando se enteró de que Mónica, la caldereta, había encamado muy malita por lo de sus funciones laborales que se pegaba, se enrabió, se puso frenético y encabronado, distinto al temperamento de un futuro dignatario de entidad.

Desde entonces se evaporó Mónica y no supo si quedó paralítica, como le aseguraron, o si la habían enterrado en privado en algún lugar del cementerio para no promover escándalo. No se atrevió a indagar y dejó de frecuentar la calle de Mónica después de unos veinticinco días parapeado sin que apareciera.

"Bueno", se dijo, "a surcar los mares me puedo ir con Dorotea".

Ésta tenía varias diferencias con Mónica. Era vecina, no de arrabalera localización; no usaba vestidos al uso, sino de corte clásico; no incitaba al apetito, sino al matrimonio; no se transparentaban sus telas, sino que no había quien hurgara por entre sus sólidos trapos; era bajita, no alta; de cara risueña, no alegre; de mirada de quedarse alelada, no de meterle a uno la mano; y era mona, no guapa.

Decidió que todavía no era tiempo de atarse, pero llegado el momento ella sería la madre de sus hijos.

Los propósitos para que Juanma llegara a ser más que nadie eran compartidos también por dos tías solteronas en vía maternal que habían engrosado las vides secas. Más amojamadas que una lagartija despanzurrada en pleno